

## EL CUENTO DEL SEPULTURERO

*Lixus de Lukus*

Otto von Humbert era el enterrador de Schwäbisch Hall. Calvo como un globo y también de enormes proporciones, había nacido y vivido toda su vida en la pequeña ciudad sueva. Se puede decir que no tenía mucho trabajo aunque al menos un par de veces cada mes clausuraba el tránsito por este mundo de algún finado, midiendo primero las dimensiones de su cuerpo, ajustándolo entonces a un tosco cajón de madera de pino que él mismo fabricaba y, finalmente, transportando la mercancía al cementerio donde lo enviaba hacia la eternidad y el olvido mediante cristiana sepultura, con todos los respetos.

En realidad Otto era un tipo muy alegre y simpático. Todos sus amigos sabían que le gustaba con locura contar chascarrillos y, cuando lo hacía, sus diminutos ojillos violetas, casi desaparecían chispeando de entusiasmo y picardía.

Era alegre y simpático excepto cuando, ya de madrugada, contaba aquellas historias de terror que, decía, eran fruto de sus experiencias en los camposantos. Entonces su boca se contraía y sus ojos desmesuraban a las proporciones de los de una lechuza en su enorme rostro prusiano. Pocos sostenían dignamente sus relatos sin huir llenos de terror a sus casas.

Una noche, con todos los contertulios habituales a la mesa, Otto contó la siguiente e increíble historia.

Casi veinte años atrás, dijo Otto, un joven de su pueblo, aprendiz de carpintero, se enamoró de una bonita muchacha que vivía en una aldea vecina, a unas cuatro millas de Schwäbisch Hall. Cuando terminaba cada día su trabajo el joven recorría las cuatro millas en su yegua y permanecía en la aldea con la muchacha hasta bien entrada la noche. Se volvía entonces a su pueblo a lomos de su fiel montura.

Sus amores fueron castos hasta que cierto día en el que los padres de ella habían hecho el camino inverso al suyo, los jóvenes aprovecharon la oportunidad y consumaron su amor en un pajar de la casa. Entretanto se presentó la peor ventisca de viento y nieve de hacía muchos años.

Cuando se disponía a volver a su casa, constató que alguien había aprovechado también su exaltación amorosa para llevarse a su querida yegua.

Gritó, buscó, llamó y se desesperó, pero nada. Ya el animal estaba a buen recaudo. No le quedó más remedio que renunciar y comenzó a caminar hacia su pueblo por donde supuso podía estar el camino.

Entretanto la tormenta arreciaba. No podía ver nada y la nieve casi le llegaba a la cintura. Hacía un frío aterrador. Para no congelarse el joven se mantuvo en movimiento.

Al poco rato, tuvo que aceptar que se había perdido. No había ni una luz orientadora. Él continuó no obstante su penoso camino por la nieve.

Cuando llevaba ya una hora en su extravío y las pequeñas agujas de hielo amenazaban herir sus pupilas, no quedaba ya músculo en su cuerpo que no fuera un insoportable martirio; llorando y tiritando, se dio de bruces con lo que le pareció la puerta de un corral. Su alegría se convirtió en terror cuando vio dos inmensos ojos crueles a dos palmos de los suyos.

Aquél descomunal pastor alemán solo emitió un leve gruñido y se dispuso enseguida a destrozarse al joven. Éste, que afortunadamente ayudaba su penoso deambular por la nieve con un buen tranco de madera, golpeó con todas sus fuerzas las fauces de la bestia y huyó con sorprendente rapidez perseguido por el enfurecido perro asesino.

Ni veinte metros duraría su carrera. Pronto se encontró debajo del corpachón de la bestia. Iba ésta a hundir ya sus colmillos en el cuello del joven cuando se oyó un grito aterrador y extraño que puso en vilo a la naturaleza. Fue como si se detuviera la tormenta a las puertas del infierno.

El imponente animal huyó aterrorizado gimiendo hacia su cobijo y el joven hizo lo propio en dirección contraria, a través de una naturaleza suspendida.

Una gran reja de hierro lo detuvo. Empujo con todas sus fuerzas y la puerta le cedió el paso. Ya al otro lado, la cerró de nuevo rápidamente. Estaba a salvo de los dientes del pastor y se dejó caer sobre la nieve arrastrando su espalda por el muro de piedra.

Estaba exhausto pero, por el momento, había salvado el pellejo. Cerró los ojos y dejó descansar su cuerpo unos instantes. Enseguida notó que la nevada lo estaba enterrando. Se levantó de un salto. Estaba en un cementerio.

Vio las tumbas temblando entre la nieve. Blancas como tartas que estuvieran ellas mismas nevando sobre el cielo. “Estoy salvado”, pensó lleno de esperanza; siempre habría algún panteón o tumba de los ricos que le ofreciera algún cobijo durante lo que quedaba de aquella espantosa noche.

Entonces recordó el grito aterrador que lo había salvado de la muerte. Un incontrolable escalofrío fue capaz todavía de recorrerle el espinazo.

Fue algo inhumano. Como venido del más allá. Como de un alma padeciendo los tormentos del infierno. De nuevo el mismo grito que otra vez congeló la nieve. Que de nuevo suspendió la naturaleza y llenó esta vez su alma de angustia y de un inmenso terror inconcreto y desconocido. Y ahora él pertenecía al alarido. De pronto el cementerio entero adquirió un color rojizo y se despojó de nieve.

Aquello duró sólo unos segundos. La calma de la nieve y el viento volvieron enseguida. Notaba que el hálito frío de la muerte ya le atenazaba la garganta. Debía apresurarse. Y el muchacho buscó cobijo por las tumbas. Lo encontró en un gran panteón cuya puerta tenía la cerradura carcomida. No le resultó difícil violentarla. Entró en la gran tumba de los pobres.

Hacía frío pero estaba a resguardo de la nieve y el viento. Se animó el muchacho y con trozos de madera de una caja y el pedernal y yesca que siempre llevaba en sus bolsillos hizo fuego en el centro de la sala. El calor le devolvió todo su valor y la esperanza.

Tanto se animó que decidió escribir su aventura de aquella noche con un carbón en el suelo. Lo hizo con su letra pequeña y de forma minuciosa.

Cuando acabó de escribir pensó que si miraba los nombres de los difuntos de aquella sepultura común, tal vez podría descubrir de qué ciudad o pueblo era aquél cementerio.

No tardó mucho en percatarse de que se encontraba en la sepultura de pobres del camposanto de su pueblo, Schwäbisch Hall. Algunos nombres conocidos de difuntos recientes así lo atestiguaban. Continuó su investigación ya más por curiosidad y por matar el tiempo que por otra cosa.

Llegó así hasta una caja extraña. Pertenecía sin duda al difunto más reciente. La tapa estaba levantada y el muchacho no pudo resistirse a la tentación de mirar en su interior. Estaba vacía. Extrañado y un poco temeroso, miró entonces el nombre que aparecía debajo.

A la luz del fuego, pudo leer el nombre completo del difunto; en realidad su propio nombre y la misma fecha del día que ya estaba amaneciendo: el quince de Febrero.

Entonces oyó de nuevo el grito desgarrador.

Lo encontró Otto al día siguiente cuando iba a apañar un poco el panteón de pobres. Nadie pudo explicarle al enterrador como pudo salirse de la caja el cadáver del muchacho que había depositado allí el día anterior, muerto al caerse del caballo cuando volvía de una aldea vecina, a pesar de que hacía una noche hermosa y despejada.

Menos entendió el pobre gigante los restos de una hoguera y lo que había escrito en el suelo. Más aún así, el valiente enterrador devolvió el cadáver a su caja del olvido.

Pero salió de estampida cuando oyó un grito espantoso e inhumano que retumbó en las cuatro paredes del sepulcro. Nadie fue capaz de darle explicación de lo que sus ojos habían visto y sus oídos oído ni de creerlo.

Luego se enteró de que la joven objeto de los amores del muchacho murió loca por las montañas de Heidelberg algunos años después.

FIN

*Madrid, Enero de 2007*